

# Estudio preliminar

Se reúnen en esta edición los tres poemas que Pedro de Oña (Angol, Chile, 1570-Lima, ¿1643?) escribió a Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, virrey de la Nueva España (1603-1607) y virrey del Perú (1607-1615). Estos poemas encomiásticos se compusieron con ocasión de tres hitos fundamentales del gobierno peruano del virrey: su entrada triunfal al virreinato, en 1607; el temblor que asoló Lima y alrededores, obligando a una verdadera reconstrucción de la ciudad, en 1609; y la solemne celebración de las exequias de la reina Margarita de Austria, en Lima, el año 1612. Más que una “crónica rimada” del gobierno de Montesclaros (como lo llamó Aurelio Miró Quesada), este corpus es una magnífica muestra de las expectativas criollas respecto del *alter ego* del monarca en Indias y –sobre todo– de las estrategias retórico-poéticas que la élite criolla empleó para reivindicarse a través del panegírico de la máxima autoridad virreinal.

Pedro de Oña ocupa un lugar destacado en las letras coloniales. Su importancia reside no tanto en el hecho de ser el “primer poeta chileno” o aun el “primer americano en escribir un libro en versos” –como han insistido algunos historiadores de la literatura hispanoamericana–, sino más bien en la magnitud y la calidad de su producción poética. Sus tres obras de largo aliento se inscriben en las principales vertientes de la poesía heroica de la época: *Arauco domado* (Lima, 1596), extenso poema épico sobre la guerra de Arauco al mando de García Hurtado de Mendoza; *El Ignacio de Cantabria* (1629), poema hagiográfico sobre los años de juventud del fundador de la Compañía de Jesús; y *El Vasauro* (1635), poema heroico de corte histórico que narra episodios bélicos castellanos desde el reinado de Enrique IV hasta la conquista de Granada por los Reyes Católicos.

En estas obras, como también en las que editamos aquí, los géneros heroicos modelaron las intenciones panegíricas de textos con claras proyecciones políticas. Con excepción de *El Ignacio de Cantabria*, todas las obras de Oña estuvieron directamente vinculadas al virrey de turno: *Arauco domado* fue obra impulsada y patrocinada por García Hurtado de Mendoza, quien protegiera a la familia de Oña y al poeta durante todo su gobierno peruano, dejándole al término de este el corregimiento de Jaén de Bracamoros. Juan de Mendoza y Luna, por su parte, a poco tiempo de iniciado su periodo peruano, nombró a Oña corregidor de Yauyos, y en ejercicio de tal cargo el poeta compuso *Temblor de Lima*. Lo mismo sucedería después con *El Vasauro*, firmado en 1635,

cinco años después de que el virrey conde de Chinchón (destinatario de la obra) nombrara al poeta corregidor de Calca y Lares.

En consecuencia, la obra de Pedro de Oña constituye un ejemplo significativo del modo como la escritura, en particular la poesía, sirvió a los criollos de medio para la obtención de cargos, honores y mercedes, en un contexto en que su sola condición de beneméritos hijos de conquistadores no era suficiente para contrarrestar la tendencia de muchos virreyes hacia el clientelismo. En ese sentido, la edición y estudio de la poesía de Pedro de Oña a Montesclaros aporta al conocimiento del mecenazgo literario y del proceso de consolidación de la élite criolla como “nobleza de letras” en el virreinato peruano de inicios del siglo xvii. El estudio pormenorizado de esta obra panegírica de Oña evidencia la complejidad de los procedimientos retóricos empleados por el encomio, lo que permite rechazar las repetidas críticas hacia estos textos, calificados por muchos como “mera adulación”. Esto implica devolver a la poesía encomiástica el importante rol que tuvo en la época, de lo cual da perfecta cuenta la obra de Pedro de Oña.

# 1. Pedro de Oña: vida y obra

Pedro de Oña fue poeta valorado y alabado por sus contemporáneos, tanto de América como de la península. Entre los españoles que le expresaron elogios, se encuentran los distinguidos nombres de Cervantes, Lope y Calderón. Este último realizó la Aprobación de *El Ignacio de Cantabria* y allí destacó “el decoro, la agudeza, el celo” de este poema sacro, así como la “numerosa suavidad de los versos”<sup>1</sup>. Cervantes, por su parte, incluyó a Pedro de Oña en la reducida lista de tres ingenios americanos mencionados en su *Viaje del Parnaso* (1614)<sup>2</sup>. Por último, Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, calificó de “dulcísimo” *El Ignacio de Cantabria*, y en *La Dragontea* (1598) elogió el verso de Pedro de Oña al momento de narrar el paso del corsario Richard Hawkins por el Mar del Sur:

La cual cómo pasó nadie se atreva  
contar mejor en verso castellano,  
aunque parezca en Chile cosa nueva,  
que Pedro de Oña, aquel famoso indiano;  
este dirá mejor de nuestra Cueva,  
que es monte de Helicon soberano,  
gran don Beltrán, que no mi Vega humilde,  
que apenas soy de aquellas letras tilde<sup>3</sup>.

Además, como han destacado los estudiosos de la obra de Lope, el *Arauco domado* de Oña sirvió de fuente central para la comedia homónima del Fénix, así como para *La Dragontea* y otras obras como la *Jerusalén conquistada*, “La Circe”, *La Dorotea* y las *Rimas de Tomé de Burguillos*, donde también se observa el impacto del estilo poético de Oña<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Oña, *El Ignacio de Cantabria*, aprobación de don Pedro Calderón de la Barca, dada en Madrid a 30 de julio de 1636.

<sup>2</sup> Como destacó Sáez, es muy distinto el amplio elenco de poetas del “Canto de Calfope” de *La Galatea* (1585) de la rigurosa lista del *Viaje del Parnaso* (1614): en el primero, el joven Cervantes no se atreve a discriminar entre sus colegas poetas, en cambio, en *Viaje del Parnaso* “se permite tanto presentarse en primera persona como sacar a relucir su más afilada crítica con poetas que se descartan para el viaje y otros que se canonizan con los laureles de rigor” (Sáez, 2016, p. 87). Los versos de Cervantes que refieren a Montedoca y a Oña (a este último por medio de perífrasis alusiva al título *Arauco domado*) son: “Desde el indio apartado del remoto / mundo, llegó mi amigo Montedoca, / y el que anudó de Arauco el nudo roto; / dijo Apolo a los dos: ‘A entrambos toca / defender esta vuestra rica estancia / de la canalla de vergüenza poca, / la cual, de error armada y de arrogancia, / quiere canonizar y dar renombre / inmortal y divino a la ignorancia; / que tanto puede la afición que un hombre / tiene a sí mismo, que, ignorante siendo, / de buen poeta quiere alcanzar nombre” (*Viaje del Parnaso*, iv, vv. 448-459).

<sup>3</sup> Lope de Vega, *La Dragontea*, vv. 1345-1352.

<sup>4</sup> Es lo que sostiene Sánchez Jiménez, en su estudio de 2006 sobre el impacto de la disposición y el estilo del poema épico de Oña en todas estas obras de Lope. No se trata solo de contenidos, sino de una impronta proveniente de Oña en el lenguaje poético de Lope (Sánchez Jiménez, 2006, p. 322).

En suelo americano, la fama y el reconocimiento del poeta no fueron menores. Ya en *Arauco domado* (1596), Diego de Hojeda laureaba a Oña llamándolo “sacro Apolo nuevo”, “luz de esa cumbre y honra de esa falda, / y aun de Minerva luz y honor de Febo”<sup>5</sup>. Allí mismo, Gaspar de Villarroel, en representación de la Academia Antártica<sup>6</sup>, alababa la “voz angélica”<sup>7</sup> de Oña. Y la anónima Clarinda, en su “Discurso en loor de la poesía” (inserto en la *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias*, 1608, de Diego Mexía de Fernangil), se referiría luego a la “dulzura extraña” de los versos del poeta nacido en Angol:

Con reverencia nombra mi discante  
al licenciado Pedro de Oña: España,  
pues lo conoce, templos le levante.  
Espíritu gentil, doma la saña  
de Arauco (pues con hierro no es posible)  
con la dulzura de tu verso estraña<sup>8</sup>.

Su prestigio en el virreinato se evidencia también en la gran cantidad de poemas que le fueron encomendados, en su mayoría encomiásticos, entre los que destaca “Esclarecida fuente de agua pura”, soneto incluido en los Preliminares de *Constituciones y ordenanzas de la Universidad y estudio general de la Ciudad de los Reyes del Pirú* (Lima, 1602), impresión de las Constituciones de 1581 de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos<sup>9</sup>.

Las principales fuentes documentales que aportan datos para una biografía de Pedro de Oña fueron tratadas por Amunátegui, Medina, Matta Vial, Salvador Dinamarca, Porras Barrenechea y Márquez Abanto. A estas fuentes y estudios hemos recurrido para escribir las siguientes páginas que buscan trazar una breve semblanza del poeta.

## 1.2 En Los Confines, vida y muerte se entrelazan (1570-1590)

En *El Vasauero* (1635), el mismo Pedro de Oña afirma que sus antepasados eran de origen vizcaíno<sup>10</sup>. Sin embargo, su padre, el capitán Gregorio de Oña, era natural de Burgos, según el cronista Alonso de Góngora Marmolejo<sup>11</sup>. Gregorio de Oña había pasado a América en fecha desconocida, pero

<sup>5</sup> Oña, *Arauco domado*, Preliminares.

<sup>6</sup> Sobre la Academia Antártica pueden consultarse, entre otros, los estudios de Tauro, 1948; Valdés, 1993; Rose, 2003 y 2005; Latasa, 2005.

<sup>7</sup> Oña, *Arauco domado*, Preliminares.

<sup>8</sup> Clarinda, “Discurso en loor de la poesía”, vv. 550-558, en Mexía de Fernangil, *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias*.

<sup>9</sup> Para el relieve de esta publicación, puede verse el estudio de Hopkins Rodríguez, 2015.

<sup>10</sup> Oña, *El Vasauero*, estrofa 44, libro VII: “Mas la señora, si áspera, Vizcaya / que duros hombres da, como su hierro, / hechos a pie descalzo y azagaya / como a trepar sin pena el agrio cerro, / no es justo que en silencio se me vaya, / pues fue mi abuela cuna, si no entierro, / y tuvo allí su casa o su palacio / la gloria de mis versos *El Ignacio*”, p. 185.

<sup>11</sup> Góngora Marmolejo, *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de las que lo han gobernado*, cap. LXXIII, p. 438.

en 1553 ya se encontraba en la Imperial<sup>12</sup>. De su primer matrimonio con Juana de Loyola, nació Cristóbal de Oña, sucesor de su encomienda. Viudo, el burgalés contrajo segundas nupcias con Isabel de Acurcio (también mencionada en algunos documentos como Isabel de Villegas) y fruto de ese enlace fueron sus tres hijos: Gregorio, ya fallecido cuando su madre otorgara testamento en 1605; Baltasara, monja agustina en 1587, viva en 1605; y Pedro de Oña, nuestro poeta. El capitán tuvo también una hija fuera del matrimonio, probablemente mestiza, según MattaVial, casada en 1579 con Mateo Naranjo y viva en 1638<sup>13</sup>.

En 1559, Gregorio de Oña se instaló en Angol, la ciudad chilena que sufrió más desastres durante el periodo colonial<sup>14</sup>. Bautizada por Pedro de Valdivia como Los Confines por situarse “en los confines de los términos de las ciudades de la Concepción e Imperial”<sup>15</sup>, fue totalmente despoblada a pocos meses de su fundación debido a un alzamiento indígena. El gobernador García Hurtado de Mendoza la mandó repoblar, dándole nuevo nombre, Los Infantes, “por los Infantes de Lara, de quien él mismo descendía”<sup>16</sup>. Fue entonces cuando se acercó allí Gregorio de Oña, quien llegó a ser procurador de la ciudad entre 1561 y 1563, y luego regidor, entre 1563 y 1564. Poco tiempo después, sin embargo, el capitán Oña moriría de forma trágica, y su muerte coincidiría con el nacimiento de su hijo Pedro el mismo año 1570.

Gregorio iba como capitán de doce hombres hacia la Imperial cuando, al anochecer, decidió pernoctar a seis leguas de Angol, “en mitad del camino, cerca de unos carrizales”<sup>17</sup>. Aunque “le dijeron los demás que estuviesen con cuidado y se velasen”, él no atendió a estos consejos, respondiendo, altanero, que “estaban allí tan seguros como en Sevilla”<sup>18</sup>. Góngora Marmolejo cuenta el sorpresivo ataque indígena, la huida despavorida de algunos y la muerte (merecida, según el cronista) del capitán Oña:

los tomaron en las camas descuidados durmiendo, y los caballos desensillados, y como se levantaban vencidos del sueño, yendo a tomar sus armas topaban con las de los contrarios, que los alanceaban y mataban. Algunos que sabían la tierra se metieron huyendo por el carrizal que junto a ellos estaba, y como los indios tuvieron tino a robar lo que llevaban y era de noche, pudieron escaparse cuatro soldados que llevaron la nueva de lo sucedido [a] Angol, de donde habían salido. Quedaron muertos ocho, y entre ellos Gregorio de Oña, natural de Burgos, que

<sup>12</sup> Raúl Porras Barrenechea encontró una escritura del 28 de marzo de 1549, celebrada en Lima, para la venta de un caballo por Gregorio de Oña y Martín de Villena, que precisa el paso del padre del poeta por Perú en dicha fecha. Porras, 1953, p. 38.

<sup>13</sup> Matta Vial, 1917, p. 246.

<sup>14</sup> Dinamarca, 1952, p. 15.

<sup>15</sup> Mariño de Lobera, *Crónica del reino de Chile*, cit. por Dinamarca, 1952, p. 15.

<sup>16</sup> Mariño de Lobera, *Crónica del reino de Chile*, cit. por Dinamarca, 1952, p. 16.

<sup>17</sup> Góngora Marmolejo, *Historia*, cap. LXXIII, p. 438.

<sup>18</sup> Góngora Marmolejo, *Historia*, cap. LXXIII, pp. 438-439.

<sup>19</sup> Góngora Marmolejo, *Historia*, cap. LXXIII, p. 438.

<sup>20</sup> Matta Vial, 1917, p. 258.

<sup>21</sup> Dice el poeta del *ibunché* mapuche “helo sabido yo de muchos de ellos, / por ser en su país mi patria amada, / y conocer su frasis, lengua y modo / que para darme crédito es el todo”, *Arauco domado*, II, 57. Matta Vial supone que Oña aprendió la lengua araucana de los criados y labradores de los campos y trabajadores de las minas, y que, como los demás hijos de españoles, la habló corrientemente, 1917, p. 258.

<sup>22</sup> *Arauco domado*, IX, 79-80. Con estas octavas, el poeta culmina la enumeración de los guerreros del ejército de García Hurtado de Mendoza, que ocupa buena parte del canto IX. Oña emplea la *praeteritio* al señalar que no ha de loar a su padre para que no digan que él es parte interesada; pero la octava 80 indica, en efecto, los méritos de Gregorio de Oña, y de todos los nombrados en el poema, el padre es el único cuya referencia se adelanta incluso a la muerte, “hecho piezas”, en la guerra de Arauco.

<sup>23</sup> “Título de gentil hombre de la compañía de lanzas del virrey otorgado a Pedro de Oña por el virrey don Luis de Velasco, en Lima, 17 de Agosto de 1604”, en el *Libro donde se toma la razón de lo que su Excelencia el señor Viso Rey don Luis de Velasco provee los títulos y provisiones este presente año de 1602*, p. 112, reproducido por Porras Barrenechea, 1953, pp. 54-57.

iba por su capitán: muerte bien empleada si en él solo fuera porque le dijeron los demás que estuviere con cuidado<sup>19</sup>.

Nacido a la sombra de esta fatídica muerte, Pedro de Oña vivió hasta los veinte años en Angol, donde se cree que aprendió las primeras letras, inició los estudios de latinidad y filosofía<sup>20</sup> y estuvo en contacto con los araucanos, de quienes dirá, en su *Arauco domado*, que conocía “frasis, lengua y modo”<sup>21</sup>. Cuando cante la guerra de Arauco, tan familiar a ese espacio fronterizo, aprovechará de rescatar la figura de su padre, oscurecida por esa ominosa muerte:

Y tú, mi padre caro; mas perdona  
que no he de dar motivo con loarte  
a que, diciendo alguno que soy parte,  
ofenda mi verdad y tu persona;  
por esto callaré lo que pregona  
la voz universal en toda parte,  
y perderás, por ser mi padre amado,  
lo que por ser tu hijo yo he ganado.

Solo diré que en guerras te criaste,  
en guerras, como en crédito creciste,  
y guerras tu principio recibiste,  
y en guerra hecho piezas acabaste;  
donde el servir al rey solo ganaste,  
y por mejor serville te perdiste,  
dejando a los que somos de tu casta  
no más que el bien de serlo, y este basta<sup>22</sup>.

Los versos refieren a hechos que quedaron consignados en la provisión del virrey Luis de Velasco fechada el 17 de agosto de 1604, donde se enumeran los servicios prestados al rey por los parientes y antepasados de Pedro de Oña, documento hallado por Raúl Porras Barrenechea. El padre de Oña había servido al rey en las batallas de Huarina y Xaquixaguana, y había sido también justicia mayor en la ciudad de Angol. Se aclara, asimismo, la referencia a haber terminado “hecho piezas”: los indios se habían llevado la cabeza de Gregorio de Oña en señal de victoria, según afirma el documento<sup>23</sup>.